

perfecta que ha de haber con todas las potencias y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, cuando se verifique *que la muerte quede tan cumplidamente vencida, que toda su guerra se muda en <sup>1</sup> victoria.*

NOTA.

<sup>1</sup> Da motivo á esta version el leer aqui san Agustin: *Cùm absorpta fuerit mors in victoriam*; y no en el sexto caso *in victoria*, conforme á la Vulgata.

CAPÍTULO XXXI.

*Del estado en que se hallaba en orden á las tentaciones de la gula.*

43. Tambien el dia nos ocasiona otro mal y daño; y ¡ojalá que este fuera único y solo! Porque todos los dias reparamos por la comida y bebida las ruinas que cotidianamente padecen nuestros cuerpos, hasta que llegue el dia en que Vos destruyais no solo las viandas, sino tambien al estómago que las destruye á ellas; que será cuando mateis mi hambre y necesidad enteramente con aquella soberana hartura, y vistais á este corrup-

tible cuerpo de una incorruptibilidad perpetua y sempiterna. Pero al presente esta hambre y necesidad me es suave y deliciosa: y tengo que pelear contra este mismo deleite y suavidad, para no dejarme prender y cautivar de ella: esta guerra es cotidiana en los ayunos, pues ayunando con frecuencia para *reducir mi cuerpo á la sujecion y servidumbre*, sucede que esa misma molestia del ayuno hace despues mas agradable y deleitoso el alimento.

La hambre y la sed son ciertos dolores que incomodan, abrasan y consumen como una calentura, y causarian la muerte á cualquiera, si no se le socorriese con la medicina de los alimentos: como esta la tenemos tan á mano, por la abundancia de vuestros dones, con los cuales haceis que la tierra, el mar, el cielo contribuya y sirva á nuestra necesidad y dolencia; *esta especie de trabajo y calamidad* se llama ya gusto y regalo.

44. Vos, Señor, me habeis enseñado que debo usar de los alimentos, del mismo modo que de los medicamentos; pero cuando he de pasar desde la molestia que ha causado en

mí el hambre y necesidad, á la quietud que causa la refaccion, en este mismo paso tiene armados contra mí sus lazos el apetito. Porque este mismo pasar desde el hambre al alimento, es deleite y gusto; y no hay otro medio por donde pasar á aquel extremo, al cual nos obliga la necesidad á que pasemos. Y siendo la salud la causa motiva de que comamos y bebamos, se le junta como criada ó sierva la delectacion peligrosa; y muchas veces quiere ella ir delante como principal, para que se haga por causa de la delectacion lo que digo que hago ó quiero hacer por conservar mi salud. Pero no tiene la una la moderacion que tiene la otra; pues lo que para la salud es bastante, es poco para el deleite. Muchas veces no se sabe con certeza, si es el cuidado necesario de nuestro cuerpo el que pide el manjar para su socorro, ó si es el deleitoso engaño de nuestro apetito el que lo solicita, aunque supérfluo: la pobre infeliz alma se alegrá con esta incertidumbre, y en ella misma tiene preparada ó su defensa ó su excusa; alegrándose de no saber con certeza cuánto sea lo bastante para el régi-

men y conservacion de la salud, para que esta sirva de pretexto, cuando realmente es cumplir el deleite y apetito.

Estas son tentaciones cotidianas que procuro resistir todos los dias; é invoco vuestra mano poderosa para que me saque á salvo: os refiero las dudas y congojas de mi alma, porque no sé todavía lo que debo practicar en esta materia.

45. Oigo la voz de mi Dios que me impone este precepto: *No se agraven ni entorpezcan vuestros corazones con los manjares ni con la embriaguez.* El exceso del vino ó la embriaguez está bien léjos de mí; y espero que me concederá vuestra misericordia que no se me acerque nunca. Por lo que toca al *exceso en la comida* alguna vez, sin advertirlo, se me ha insinuado; Vos, Señor, usaréis conmigo de vuestra misericordia para que se aleje de mí todo lo que fuere exceso: porque ninguno puede tener templanza, si Vos mismo no se la concedéis.

Muchas gracias y beneficios nos concedéis, porque os lo suplicamos: todo el bien que habia en nosotros antes que os suplicásemos, de vuestra mano, Señor, lo habíamos reci-

bido: y este mismo conocimiento tambien es dádiva vuestra. Es cierto que yo nunca fuí apasionado por el vino; pero he conocido á algunos, que, siendo antes muy dados al vino, Vos los hicisteis sóbrios y templados: luego Vos tambien hicisteis que no fuesen destemplados en el beber vino los que nunca lo fueron; así como hicisteis que no lo fueran siempre aquellos que antes lo habian sido: Vos tambien hicisteis que los unos y los otros reconozcan quién fue el autor de aquel bien que se les hizo.

Tambien, Señor, tengo oida aquella palabra vuestra, en que decís: *No sigas tus apetitos, y apártate de tu propia voluntad.* Tambien oí por gracia vuestra otra palabra que fue muy de mi gusto, en que decís: *Ni porque comamos tendríamos de sobra, ni porque no comamos tendríamos escasez.* Que es lo mismo que decir: Ni lo uno me hará rico, ni lo otro me hará pobre. Otra voz oí tambien vuestra, en que decís: *He aprendido á contentarme con cualquier estado en que me halle: sé vivir con abundancia, y sé padecer pobreza.* *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*

El que dijo esto es un soldado de la mili-

cia del cielo, que ya no es polvo y ceniza como nosotros. Acordaos, pues, Señor, de que somos polvo, y que *del polvo formásteis al hombre: y que habiéndose perdido, Vos le volvisteis á hallar.* Ni el mismo que habló aquella sentencia, inspirado de Vos (que porque hablaba así, me aficioné yo á él), podia cosa alguna por sí mismo, porque él tambien era polvo. *Todo lo puedo*, dice, *pero lo puedo en aquel que me conforta.* Confortadme á mí, Señor, para que yo lo pueda todo como él. Dadme lo que me mandais y mandadme cuanto querais. El Apóstol, que decia esto, reconoce y confiesa que cuanto tenia lo habia recibido de Vos: *y asi cuando él se gloria, se gloria en el Señor.*

Por otra parte oigo tambien al Sábio, que deseando conseguir este beneficio, os lo pide á Vos, diciendo: *apartad, Señor, de mí los destemplados deseos de comer y de beber.* De donde se infiere, santísimo Dios mio, que cuando cumplimos vuestros mandamientos, Vos sois el que nos dais la gracia de cumplirlos.

Vos, Padre amabilísimo, me habeis enseñado que, *para los que son puros y limpios,*

*todos los manjares son limpios y puros ; pero que seria malo para el hombre comer de cualquier cosa con escándalo de otros ; que todas vuestras criaturas son buenas ; y nada se debe desechar para alimento, siendo cosa que se pueda comer con accion de gracias : que no es la comida la que nos hace recomendables en vuestra presencia : que ninguno debe juzgar á su prójimo por la especie de manjar ó de bebida que toma : finalmente, que aquel que come de todo, no haga desprecio del que no come lo que él : y el que no come de todo, no juzgue ni condene al otro que usa de todo manjar indiferentemente.*

De Vos, Señor, he aprendido todas estas doctrinas : por lo cual os alabo y doy repetidas gracias á Vos, Dios mio y Maestro mio, que, además de haberos dignado hacer que oyese vuestras palabras, ilustrásteis mi corazon para entenderlas. Libradme tambien de todas las tentaciones á que me veis expuesto.

Lo que yo temo no es la inmundicia del manjar, sino la del apetito. Sé que Vos disteis licencia á Noé, para que comiese de toda especie de animales que tuviesen carnes sa-

*ludables y buenas : que Elias tambien se alimentó de carne : que san Juan Bautista, que practicó una abstinencia admirable, no incurrió en inmundicia, ni manchó su alma por alimentarse de unos animalejos tan viles, como son las langostas. Sé por el contrario, que Esau fue engañado por el destemplado apetito que tuvo de comer unas lentejas : que David se reprendió á si mismo, por el deseo que tuvo de beber un poco de agua : y que el demonio, queriendo tentar á nuestro Rey y Señor, no le propuso que comiese carne, sino que comiese pan. Y finalmente, el pueblo de Israel, á quien Vos mismo guiábais por el desierto, si mereció ser sorprendido y reprobado, no fue porque deseó alimentarse de carne, sino porque llevado del deseo de este manjar, se quejó y murmuró de su Dios y Señor.*

47. Yo me hallo en medio de estas tentaciones, y todos los dias tengo que pelear contra el apetito de comer y beber ; esta materia no podia determinarme á dejarla enteramente de una vez, y no volver jamás á usarla, como lo pude hacer con el deleite carnal : así pues, las riendas del apetito de comer y beber se han de gobernar de modo,

que ni se aflojen mucho, ni se tiren demasiado. Pero, Señor, ¿quién será aquel que nunca exceda los precisos límites de la necesidad? Cualquiera que sea, ciertamente es un hombre grande, y os debe dar gracias, y engrandecer por ello vuestro nombre. Yo ciertamente no soy tal, porque solo soy un hombre pecador, aunque tambien alabo y engrandezco vuestro nombre; y sé que aquel Señor, que triunfó del mundo, *os pide incesantemente el perdon de mis pecados*, contándome entre los miembros débiles y flacos de su cuerpo místico; porque vuestros ojos los ven, aunque *sean imperfectos*, y *á todos los teneis escritos en vuestro Libro*.

NOTA.

<sup>1</sup> Esto es lo que propiamente significa la voz *crapula* en este pasaje de san Agustin, y en el de san Lucas, cap. xxi, 34, á que alude el Santo. Y debe distinguirse entre lo que es *ebrietas* y lo que es *crapula*, como el Santo las distingue, diciendo: que la primera *está lejos de él*, y pide á Dios que no se le acerque; la segunda *está cerca*, y pide á Dios que se la retire, aleje y aparte de él.

CAPÍTULO XXXII.

*Del estado en que se hallaba en orden á las tentaciones de los olores y fragancias tocantes al olfato.*

48. Del atractivo de los olores no se me da tanto, ni estoy tan cuidadoso. Cuando no los tengo presentes á mi olfato, no los pretendo ni busco; ni tampoco cuando se me presentan, los desecho; pero me hallo en disposicion de carecer de ellos para siempre. Así me lo parece; y puede ser que yo me engañe.

Tambien son dignas de llorarse las tinieblas de nuestra ignorancia, en las cuales aun no alcanzo á ver hasta dónde puede ó no puede extenderse mi facultad. De modo, que preguntándose mi alma á sí misma para saber sus propias facultades y fuerzas, juzga que no se debe creer con facilidad el informe que ella misma dé sobre este punto; porque aun el poder y fuerzas que verdaderamente tiene, están por lo comun tan ocultas, que solo la experiencia puede manifestarlas.

Por eso en esta vida, que la Escritura llama *tentacion*, ninguno debe estar seguro de si aquel que pudo hacerse de malo bueno, podrá ó no hacerse tambien de bueno malo. Nuestra única esperanza, nuestra única seguridad, y la que únicamente podemos prometernos con firmeza, es vuestra misericordia.

### CAPÍTULO XXXIII.

*Del estado en que se hallaba en orden á los deleites tocantes al oido.*

49. Mas fuertemente me habian aprisionado y sujetado los deleites tocantes al oido; pero Vos, Señor, me desatásteis otra vez y dísteis libertad. Pero al presente, cuando oigo en vuestra iglesia aquellos tonos y cánticos animados de vuestras palabras, confieso que si se cantan con suavidad, destreza y melodía, algun poco me aficionan; no tanto que me sujeten y detengan, sino de modo que los pueda dejar fácilmente cuando quiera. No obstante, aquellos tonos acompañados de las sentencias que les sirven de alma

y les dan vida, para haber de ser admitidos dentro de mi corazon, solicitan en él algun lugar honroso y distinguido; y apenas yo les doy el que les corresponde. Porque algunas veces me parece que doy mas honra á aquellos tonos y voces de la que debia, por cuanto juzgo que aquellas palabras de la sagrada Escritura mas religiosa y fervorosamente excitan nuestras almas á piedad y devocion, cantándose con aquella destreza y suavidad, que si se cantaran de otro modo; y que todos los afectos de nuestra alma tienen respectivamente sus correspondencias con el tono de la voz y canto, con cuya oculta especie de familiaridad se excitan y dispiertan. Pero me engaña muchas veces el deleite de los sentidos, al cual no debiera entregarse el alma de modo que se debilite y enflaquezca, cuando el sentido no acompaña á la razon, de modo que se contente con irla siguiendo; sino que habiendo sido admitido por amor y causa de ella, ya quiere adelantarse á la razon, y procura ser su guia. Así pecco en estas cosas sin conocerlo, pero despues lo conozco.

50. Tambien algunas veces cautelando-

me demasiadamente de este engaño, doy en el extremo contrario, errando en esto por exceso de severidad : algunas veces llega á ser tan grande este exceso de mi severidad, que quisiera apartar de mis oídos, y aun de toda la iglesia, todo género de melodía y suavidad de tonos con que todos los días cantan los salmos de David ; pareciéndome entonces mas seguro lo que me acuerdo haber oído contar de Atanasio, obispo de Alejandría <sup>1</sup>, que tenia mandado al cantor de los Salmos, que los cantase con tan baja y poca voz, que mas pareciese rezarlos que cantarlos.

No obstante, cuando me acuerdo de aquellas lágrimas que derramé oyendo los cánticos de vuestra Iglesia, muy á los principios de haber recuperado mi fe, y contemplando que ahora mismo siento moverme, no con los tonos y canturia, sino con las palabras y cosas que se cantan, cuando esto se ejecuta con una voz clara, y con el tono que les sea mas propio y conveniente ; vuelvo á reconocer que esta práctica y costumbre de la Iglesia es muy provechosa y de grande utilidad. Así estoy vacilando entre el daño que del deleite de oír cantar puede seguirse, y la uti-

lidad que por la experiencia sé que puede sacarse ; y mas me inclino (sin dar en esto sentencia irrevocable ni definitiva) á aprobar la costumbre de cantar, introducida en la Iglesia, para que por medio de aquel gusto y placer que reciben los oídos, el ánimo mas débil y flaco se excite y aficione á la piedad. Esto no quita que yo conozca y confiese que peco y que merezca castigo, cuando me sucede que el tono y canto me mueve mas que las cosas que se cantan ; y entonces mas quisiera no oír cantar. Vé aquí el estado en que me hallo al presente en cuanto á esto.

Llorad conmigo, y llorad por mí todos los que dentro de vuestros corazones tratais algo de espíritu y de virtud, de donde proceden las obras exteriores ; porque á los demás que no tratais de esto, tampoco os moverá la situación y estado en que me hallo.

Pero Vos, Señor y Dios mio, oidme, miradme, vedme, apiadaos de mí y sanadme Vos, á cuyos ojos son patentes las dudas y congojas con que lidio, y esto mismo es la dolencia que padezco.

NOTA.

1. Solamente á san Agustin se debe esta noticia que nos da del grande Atanasio, obispo de Alejandría, y que prueba la pureza grande de intencion que deseaba aquel Santo que tuviesen los que asistian á los divinos oficios en la iglesia.

CAPÍTULO XXXIV.

*De cómo se hallaba en quanto á los deleites de la vista.*

51. Lo que me falta es hablar del deleite que corresponde á mis ojos corporales: el cual tambien es materia de estas Confesiones, que hago de tal modo, que lleguen á los oídos de mis hermanos piadosos, en que Vos habitais como en templo vuestro: con lo cual acabaré de referir las tentaciones que pertenecen á la concupiscencia de la carne, y que todavía me incitan mientras gimo en esta cárcel de mi cuerpo, suspirando por la mansion celestial, en que se debe dar al cuerpo y al alma la vestidura de gloria.

Los ojos tienen su deleite en ver objetos

hermosos y varios, y colores lustrosos y risueños. Pero nada de esto merece los afectos de mi alma, que debe ocuparla toda y poseerla toda Dios que hizo estas criaturas, y aunque á todas las hizo *sumamente buenas*, pero no lo son ellas, mi soberano Bien, sino el que las hizo á ellas. Estos objetos visibles en todos los instantes del dia se presentan á mis ojos mientras que estoy despierto; sin que cesen nunca de presentarse á la vista, como sucede con las voces respecto del oido que no siempre está oyendo cantar; y hay ocasiones en que cesa toda voz y ruido, como sucede cuando todo está en silencio; pero esto no sucede así respecto de los ojos, porque en cualquier paraje donde esté durante el dia, la misma luz, reina de los colores, bañando con sus rayos todas las cosas visibles, sin que yo la atienda, y aunque esté pensando en otra cosa muy diferente, se me comunica y se me insinúa de muchos modos y muy halagüeños á la vista: tanta es la vehemencia con que se insinúa y comunica, que si repentinamente se nos quitase la luz, tendríamos que buscarla con gran deseo de que se nos volviese; y si durase



por largo tiempo su ausencia, nuestra misma alma se contristaría.

52. ¡Oh luz, aquella que veía Tobías, cuando cerrados los ojos corporales enseñaba á su hijo el camino de la vida, yendo delante de él en las obras de caridad que hacía, sin errar en tales pasos el camino ni extraviarse nunca! ¡Oh luz, aquella que veía Isaac, cuando ya la vejez le tenía oscurecidos y cerrados los ojos corporales, y sin conocer los hijos á quienes bendecía, mereció conocerlos en las bendiciones que les aplicaba! ¡Oh luz, que veía Jacob, cuando ciego también por la mucha edad, pero ilustrado interiormente, conoció que sus hijos habían de ser cabezas de las doce tribus que formarían en lo venidero el escogido pueblo de Israel: y en atención á este conocimiento, cruzó las manos misteriosamente al tiempo de imponerlas sobre sus dos nietos<sup>1</sup>, hijos de José, gobernándose al trocarlas, no por lo que el padre de ellos le dictaba, sino por lo que él mismo en su interior conocía! Esta luz sí que es la verdadera: esta es única y sola; y todos los que la ven y aman son una cosa misma.

Pero esta otra luz material de que iba hablando, con una dulzura tan atractiva como peligrosa, hace gustosa y sazónada la vida de este mundo á sus ciegos amadores; pero aquellos que de esa misma luz saben tomar motivo de alabaros, *Dios mío y criador de todas las cosas*<sup>2</sup>, la hacen servir á vuestros himnos y alabanzas, y no se dejan dominar del letargo que causa en los primeros el atractivo de sus dulzuras.

Yo quiero ser del número de estos últimos: por esto resisto á los engaños que me pueden ocasionar mis ojos, para que mis piés no caigan en algunos lazos que me impidan seguir las sendas de vuestra justicia, por donde he comenzado á caminar; levanto hácia Vos los ojos invisibles de mi alma, para que Vos saqueis libres mis piés de aquellos lazos; y con efecto Vos me los desenredais, porque efectivamente dan mis piés en ellos. Como me sucede muchas veces caigo en las asechanzas que me están armadas por todas partes; Vos, Señor, no cesais de desenredarme y libertarme de ellas; porque Vos, que estais guardando á Israel, no os dormís ni dormitais.

53. ¡Cuán innumerables son los alicientes que nuevamente han añadido los hombres, para atraer y captar mas bien la atención de nuestros ojos, con una infinidad de artificiosos tejidos, en varias modas de vestidos, de calzados, de vasos y otros utensilios, y de toda suerte de adornos y curiosidades hechas de mil maneras, y tambien por medio de pinturas y otros diversos modos de hacer figuras y retratos, pasando con unas de estas cosas mucho mas allá de lo que pedía la necesidad de usar de ellas; excediendo mucho con otras los límites de la moderación, y abusando notablemente de las últimas; de las cuales habia de usarse únicamente para representaciones piadosas! De modo, que aman y siguen las obras exteriores que ellos mismos hacen, y abandonan en su interior al que los hizo á ellos, y deshacen la imágen que hizo en ellos.

Pero yo, Dios mio y gloria mia, aun de estas cosas saco nuevos motivos de cantaros alabanzas, y hago sacrificio de ellas á quien me santifica; porque sé muy bien que todas las hermosas ideas que desde la mente y alma de los artífices han pasado á comunicarse

á las obras exteriores que labran y fabrican sus manos artificiosas, dimanar y provienen de aquella soberana hermosura, que es superior á todas las almas, y por la que mi alma continuamente suspira de dia y de noche. Los mismos artífices que fabrican y aman estas obras tan delicadas y hermosas, toman y reciben de aquella hermosura suprema el buen gusto, idea y traza de formarlas; pero no aprenden ni toman de allí el modo con que debieran usar de ellas. No le ven, aunque tambien está allí este modo justo, para que no tengan que ir á buscarle mas léjos, y para que ordenen á Vos todas las fuerzas de su habilidad é ingenio, y no las malgasten y disipen en deleites fatigosos.

Yo mismo, hablando ahora de estas cosas, y mostrando tener conocimiento de ellas, tambien parece que detengo el paso, como enredado en estas hermosuras; pero Vos, Señor, me desprendeis de estos lazos; Vos me sacais libre de ellos, porque siempre miro á vuestra misericordia y la tengo delante de mis ojos. Confieso que tambien caigo en el lazo de estas cosas por mi fragilidad y miseria, pero Vos me sacais de él con vuestra

misericordia ; unas veces, sin que yo lo conozca ni lo advierta, porque fue poco á poco y muy leve la caída ; y otras veces me librais de modo que sienta algun dolor, porque ya mi corazon estaba adherido á alguna cosa, y tenia algun apego á ella.

NOTAS.

<sup>1</sup> Para que Jacob bendijese á sus dos nietos Manasés y Efraim, hijos de José, los puso este de modo, que Manasés, que era el mayor, quedase á la derecha de Jacob, y Efraim, que era el menor, á la izquierda. Pero Jacob, cruzando las manos, puso su derecha sobre Efraim, y la izquierda sobre Manasés: no obstante que José, padre de ambos, le advertia lo contrario. Esto fue, porque Jacob, ilustrado con la luz de profecía, vió que el menor debia ser antepuesto y preferido al mayor, segun la voluntad de Dios.

<sup>2</sup> Hace alusion al himno de san Ambrosio, que comienza así: *Deus creator omnium*, que se cantaba al acabarse la luz del día y á la entrada de la noche. Tambien cita este verso en el cap. XXVII del libro XI, y refiere las dos primeras estrofas del mismo himno en el cap. XII del libro IX.

CAPÍTULO XXXV.

*De cómo se hallaba en orden al segundo género de tentacion, que es el de la curiosidad.*

54. Á todas estas es preciso añadir otra especie de tentacion, que es mucho mas peligrosa. Además de aquella concupiscencia de la carne, que tiene por objeto el regalo de los sentidos y deleites, sirviendo y obedeciendo á la cual, perecen los que se alejan de Vos ; hay en el alma otra especie de concupiscencia vana y curiosa, disfrazada con el nombre de conocimiento y ciencia, que se vale y se sirve de los mismos sentidos corporales, no para que ellos perciban sus respectivos deleites, sino para que por medio de ellos consiga satisfacer su curiosidad, y la pasion de saber siempre mas y mas.

Como esta concupiscencia del alma pertenece al apetito de conocer y saber, y los ojos son los principales en el conocimiento de las cosas sensibles, por eso en la sagrada Escritura se llama *concupiscencia de los ojos*. Y aunque es cierto que el *ver*, única y propia-

mente corresponde á los ojos, solemos usar tambien de esa palabra para explicar la accion de los demás sentidos, cuando los aplicamos á conocer sus propios objetos. Pero no al contrario; pues nunca decimos: *oye* cómo alumbra, ni *oled* cómo luce, ni *gustad* cómo brilla, ni *palpad* cómo resplandece, siendo así que todo esto lo llamamos ver. Porque no solo decimos *mirad* cómo luce (lo cual únicamente pertenece á los ojos), sino tambien *mirad* cómo suena, *mirad* cómo huele, *mirad* cómo sabe, *mirad* cómo está duro.

Por eso todas las sensaciones de nuestros sentidos se comprenden de una vez, llamándose, como ya dije, *concupiscencia de los ojos*: porque todos los demás sentidos, cuando conocen ó perciben algo de sus objetos, usurpan en algun modo la accion y oficio del ver, que propia y principalmente pertenece á los ojos.

55. De aquí se puede conocer mas claramente cuándo es el deleite y cuándo es la curiosidad quien hace obrar á nuestros sentidos: porque el deleite siempre busca lo hermoso, lo sonoro, lo fragante, lo sabroso, lo suave; pero la curiosidad busca aun lo

contrario de todo esto, no para mortificarse<sup>2</sup>, sino por el prurito de saberlo y experimentarlo todo. Porque á la verdad, ¿qué deleite puede haber en mirar un cadáver lleno de heridas y despedazado, siendo una cosa que espanta y horroriza? Con todo esto, si en alguna parte hay este lastimoso espectáculo, concurren todos á verle, y conseguido, se entristecen y asustan. Además de esto, temen ver eso mismo entre sueños, como si alguno los hubiera obligado á que lo vieran cuando despiertos, ó la fama y noticia de que allí habia que ver una grande hermosura, los hubiera persuadido y llevado á que lo vieran. Lo mismo pudiéramos decir de los demás sentidos; pero seria muy largo ir poniendo ejemplos en todos.

De este achaque y dolencia de la curiosidad ha nacido todo cuanto se ejecuta de extraño y admirable en los espectáculos. Ella es la que nos hace andar investigando los afectos ocultos de la naturaleza, que nos es exterior y está fuera de nosotros; que para nada aprovecha averiguarlos, y los desean saber los hombres no mas que por saberlos: con el mismo fin de satisfacer su curiosidad

perversa procuran averiguar algunas cosas por arte mágica. Ella es, finalmente, la que en el seno mismo de la Religion ha incitado á los fieles á tentar á Dios, pidiéndole milagros y prodigios, no para conseguir algun bien ó salud del cuerpo ó alma, sino por espíritu de curiosidad.

56. En este tan inmenso y enmarañado bosque de deseos, y tan lleno de asechanzas y peligros, ya veis, Dios mio y salud mia, cuánta maleza he cortado y arrojado de mi corazon, segun Vos me disteis gracia para ejecutarlo, y que efectivamente ejecuté; pero no obstante ¿cuándo yo me atreveré á decir, sabiendo que nuestra vida continuamente y por todas partes está cercada y combatida de tan grande multitud de cosas semejantes; cuándo me atreveré á decir que estoy seguro, y que ninguna de ellas excita mi atencion siquiera para mirarla, y que nunca he de caer en lazo alguno de la vana curiosidad?

Á la verdad, los teatros ya no me arrastran ni llevan tras de sí: ya no cuido de saber el curso de los astros; ni mi alma consultó jamás las sombras de que se vale la magia para sus respuestas; antes bien detes-

to y abomino todos sus misterios sacrilegos y supersticiosos. Pero ¿con cuántas máquinas y ardidés me combate el enemigo, para obligarme á que os pida un milagro á Vos, Dios y Señor mio, á quien solo debo servir humilde y sencillamente? Pero yo, Señor, por Jesucristo Rey nuestro, y por toda su corte celestial, esa triunfante Jerusalem, que es nuestra patria, inocente y casta esposa vuestra, os ruego y suplico, que así como al presente estoy lejos de consentir á semejante tentacion, así lo esté siempre y cada dia mas.

Pero cuando os ruego por la salud de alguno, es muy diferente y mejor el fin de mi intencion, y además de eso, me concedéis entonces, y espero que siempre me lo concedais, el que gustosamente me conforme con vuestra voluntad.

57. No obstante, ¿quién hay que pueda contar la innumerable multitud de cosas menudisimas y despreciables con que es tentada nuestra curiosidad todos los dias, y nuestras caidas? ¿Cuántas veces nos sucede, que comenzamos á oír con gusto algunas conversaciones inútiles y vanas, que al principio

aguantamos por no ofender á los que están hablando, y despues venimos poco á poco á oirlas con voluntad y gusto? Ya no voy al circo á ver á un perro correr tras de una liebre; pero si sucede esto en el campo, y casualmente paso por allí al mismo tiempo, acaso me distrae y aparta de algun pensamiento grande y bueno, y me hace mirar y atender á aquella caza, no de modo que me haga extraviar con el caballo, pero sí con la voluntad y afecto. Si Vos, dándome entonces á conocer mi flaqueza, no me excitárais prontamente á que de aquello mismo que estoy viendo, levante mi espíritu y consideracion á Vos, ó por lo menos á que desprecie todo aquello y prosiga mi camino, me estaria embebecido vanamente. ¿Cuántas veces tambien, estando en casa, me tiene entretenido ya el animalejo, que llaman alguacil de moscas, parándome á mirar como las caza, ya una araña, observando como las aprisiona, despues que caen en sus redes? ¿Acaso porque sean pequeños los animales, se podrá decir que no ejercitaron mi curiosidad, ni causaron verdadera distraccion? Es verdad que de esto mismo paso despues á ala-

baros, por el órden admirable que habeis establecido y guardan entre sí todas las criaturas del universo; pero tambien es verdad que cuando comencé á atender, no comencé con este fin. Una cosa es levantarse presto, y otra no caer.

De semejantes cosas está llena mi vida: y por eso toda mi esperanza estriba únicamente en vuestra grande é infinita misericordia. Porque si llega á hacerse nuestra alma un depósito y receptáculo de semejantes cosas tan fútiles y vanas, y lleva dentro de sí copiosa multitud de especies á cual mas frívolas; sucederá que vuestras oraciones se interrumpirán y pertubarán no una sino muchas veces. Así aun cuando nos contemplamos delante de vuestra presencia, y queremos que las voces de nuestro corazon lleguen á los oidos de vuestra divina Majestad, no sé cómo, ofreciéndose á nuestro pensamiento una infinidad de bagatelas y fruslerías, se viene á interrumpir una cosa de tanta importancia. ¿Por ventura contarémos tambien esto entre las cosas de poca monta, y de que no debemos hacer caso? ó bien considerado, ¿habrá cosa alguna con que pueda alentar nuestra

esperanza, sino el considerar, que habiendo vuestra misericordia comenzado la obra de nuestra conversion y mudanza de vida, la ha de continuar y concluir, para que así sea completa y total la misericordia?

NOTA.

<sup>1</sup> San Agustin entiende por *concupiscencia de los ojos* la curiosidad, ó el excesivo y desordenado deseo de ver y conocer cualesquier cosas: y claramente explica como la concupiscencia de la carne, que comprende todos los deleites de los sentidos, se distinga de esta otra concupiscencia ó curiosidad, que no solamente apetece conocer y experimentar las cosas suaves y hermosas, sino tambien las cosas feas, ásperas y horrendas. Tambien santo Tomás (1, 2, q. 77, a. 5) dice que se entiende por esta concupiscencia, ya *el deseo de un saber y conocer desordenado, ya el deseo de las mismas cosas que exteriormente se proponen á la vista.*

CAPÍTULO XXXVI.

*De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentacion, que es el de la soberbia.*

58. Vos, Señor, sabeis cuánto me habeis mudado en algunas cosas, sanándome pri-

meramente del deseo de vengarme, para que perdonando yo, me perdoneis á mí tambien todas las demás maldades, saneis todas mis dolencias, redimais mi alma de la perdicion y muerte eterna, me deis la corona ganada con vuestras gracias y misericordias, y sacieis mis deseos con bienes interminables é infinitos.

Vos me hicisteis temer el rigor de vuestro juicio, y con este temor santo reprimisteis mi soberbia, y me hicisteis que sujetase dócilmente mi cerviz al yugo de vuestra ley. Ahora llevo este yugo, y me parece suave, porque Vos prometisteis que lo sería, y habeis hecho que lo sea: verdaderamente era suave, y no lo sabia yo, cuando tenia miedo de sujetarme á él.

Mas ¿por ventura, Señor, que sois el único que domina sin fausto ni altivez, porque tambien sois el único verdadero Señor, que no reconoceis otro; por ventura, vuelvo á decir, podré esperar verme libre enteramente de esta tercera especie de tentacion que trae consigo el mandar, ó es posible librarse de ella durante todo el curso de esta vida?

59. Desear ser temido y amado de los